

Introducción

En 1542, un grupo de hombres guiados por el capitán Francisco de Orellana, navegaban a través del curso de uno de los afluentes del Río Amazonas, hacia un destino desconocido. No sabían cuánto más deberían continuar para encontrar un lugar donde abastecerse e ignoraban las verdaderas dimensiones del territorio que estaban explorando.

Cuando comprendieron que era imposible regresar al campamento de su comandante, el general Gonzalo Pizarro, decidieron continuar la navegación, pensando que sólo así salvarían sus vidas. Durante los largos meses siguientes, Francisco de Orellana y sus hombres tuvieron contacto con numerosas tribus de nativos, algunas hostiles, otras benévolas y curiosas.

El objetivo inicial de la expedición era el de encontrar el país de la canela y El Dorado, pero Orellana se dio cuenta rápidamente de que no contaba con los medios suficientes, es decir con armas y hombres, ni para explorar aquellas tierras, ni para conquistar el interior de la selva.

Durante la navegación, los exploradores conocieron numerosas y ricas tribus, que utilizaban mucho el oro y las piedras preciosas: el dominio de Ica, probablemente indígenas de etnia Omagua que vivían en las orillas del río Putumayo, fue referido por los indígenas Aparia como el más opulento; las mismas tierras de los Aparia, exploradas sólo parcialmente, eran riquísimas en metales valiosos; la ciudad de los Omagua, situada tal vez en la confluencia del Juruá con el Río Amazonas, fue considerada por mucho tiempo la legendaria El Dorado y además, el enorme dominio de las Amazonas, con una extensión de cien leguas, territorio del cual las mujeres guerreras obtenían tributos, era rico en plata y piedras preciosas.

En base al relato del religioso Gaspar de Carvajal se deduce, por consiguiente, que la cuenca amazónica estaba densamente habitada y que sólo después de las incursiones de los europeos y de la difusión de sus virus, la población empezó a declinar y a buscar refugio en lo profundo de la selva virgen.

Los navegantes lograron llegar al estuario hacia finales de agosto de 1542. Luego se dirigieron hasta la isla de Cubagua, donde encontraron alimento y ayuda.

Orellana regresó a la Amazonía tres años más tarde, al frente de una expedición que debería comenzar la colonización de un área tan vasta como casi toda Europa. La empresa no tuvo éxito y el mismo murió, a causa de una enfermedad.

Cuando Orellana cerró para siempre los ojos frente a su río, su sueño de conquistar la Amazonía en nombre de la fe y de España, se desvaneció.

¿Qué hubiera pasado si no hubiera fracasado? ¿Hubría podido iniciar la colonización de la Amazonía ya en el siglo XVI?

Si hubiera logrado fundar una fortaleza en el estuario del Río Amazonas, habría podido organizar el gobierno de aquellas tierras y, con los años, otros colonos europeos se hubieran establecido allí.

Después de su viaje, ninguna otra expedición fue organizada para conquistar la Amazonía.

Sólo 69 años más tarde, en 1615, el portugués Francisco Caldeira Castelo Branco fundó el primer puesto militar estable en el estuario del Pará, llamándolo *Forte Presépio de Castel Branco* (Belem do Pará).

La colonización portuguesa del inmenso estuario comenzó entonces por motivos militares, o bien para expulsar las naves holandesas y francesas que intentaban comerciar con los nativos de la zona, solamente en el siglo XVII. Veintidós años más tarde, el cartógrafo Pedro Texeira exploró nuevamente la cuenca amazónica, dando origen, en efecto, a la colonización portuguesa del Río Amazonas.

Durante los siglos siguientes, los lusitanos se apropiaron lentamente de las tierras indígenas, cuyas actividades y costumbres fueron implacablemente borradas.

El área amazónica, justamente por sus difíciles condiciones ambientales, resistió más que otras a la llegada del así llamado progreso. Durante los siglos XVII y XVIII, mientras que en Norteamérica los pueblos nativos eran sistemáticamente masacrados por los *Yenkees*, en la Amazonía los europeos establecían puestos comerciales a lo largo del Río Amazonas, pero la matanza de los indígenas era limitada, justo porque los nativos lograban escapar, refugiándose en el interior.

Hoy la Amazonía está nuevamente amenazada. Se construyen vías allá donde había densas selvas y enormes tractores remueven fértiles campos que aún no han sido aprovechados. Inmensas áreas son deforestadas y cultivadas de soya. A los indígenas se les quitan para siempre nuevas áreas para su

hábitat y algunos de ellos están obligados a mendigar en las calles de las ciudades, perdiendo, junto a su dignidad, su cultura.

¿Qué futuro puede tener esta importante área del planeta? Las multinacionales esperan, como si fueran buitres, contratos que permitan explotar los suelos, mientras que nadie está en capacidad de decir con certeza qué le sucederá al planeta si otros miles de kilómetros cuadrados se deforestaran y se cultivaran con plantas que no son endémicas, sino importadas de otros lugares de la tierra. Todo el ecosistema está en peligro, pero parece que el hombre no se da cuenta.